



Dwight D. Eisenhower
(1890 - 1969)

Un Presidente Hace Memoria

Mamá y Papá mantuvieron una colaboración muy estrecha en su tarea de criar a sus seis hijos. Papá era el proveedor, la corte suprema y la máxima autoridad ejecutiva. La sociedad de ellos era ideal. Puede que parezca increíble, quizá yo idealice al hacer memoria, pero nunca oí una palabra áspera entre ellos. Nunca noté que estuvieran en desacuerdo sobre valores para la familia, la sociedad, o en asuntos financieros, y no porque no hubiera suficientes razones para diferir. Nunca tuve indicios de que ellos estuvieran disgustados el uno con el otro. Ante sus hijos, ellos no fueron efusivos en sus demostraciones de amor, pero una devoción tranquila y mutua impregnaba nuestro hogar. Todo esto tuvo un efecto duradero sobre nosotros los hijos.

Normalmente Papá trabajaba seis días a la semana. Salía de la casa como a las 6:30 y volvía como a las 5:00. La vida en familia giraba alrededor de él. La escuela, las tareas, las comidas, y todas las demás actividades – tanto en invierno como en verano – tenían que ajustarse a sus requerimientos. Él trabajaba arduamente, y recibía escaso salario . . .

Según puedo reconocer ahora, los problemas de la administración del hogar que recaían sobre Mamá eran monumentales. El menor de todos era proveerles camas confortables a los seis muchachos en tres habitaciones. Con destreza ella nos asignaba las camas de tal manera que lograba minimizar los incidentes de peleas nocturnas. Rotaba nuestras tareas como auxiliares de cocina, lavadores de platos, lavaderos (nunca echando de menos la ayuda que generalmente las hijas le dan

a una madre). Podábamos los frutales, cosechábamos la fruta y la almacenábamos para el invierno. Calzábamos la milpa y arrancábamos la maleza de la huerta. Era nuestro deber guardar el heno en el inmenso establo, alimentar a los pollos y ordeñar la vaca. Con rotar semanalmente las tareas, cada hijo aprendió a llevar todas las responsabilidades del manejo de una casa y nadie se sintió discriminado. La enorme tarea de hacer una vida feliz y con sentido para una familia de ocho miembros requería de perspicacia, imaginación, y destreza en la administración.

Mamá raras veces recurría al castigo corporal, pero cuando lo hacía, usaba de un reglazo en la mano. Era una creyente convencida en la autodisciplina, y la predicaba constantemente. De acuerdo a sus principios, cada uno de nosotros debería comportarse bien tan sólo porque era lo correcto y no por temor al castigo. Tal filosofía carecía de sentido para un pelotón de muchachos en desarrollo, pero en los años futuros llegamos a comprender mejor sus ideas.

Durante el día Mamá corregía las infracciones menores, pero cualquier asunto grave esperaba ser resuelto por Papá. Con una familia de muchachos, estoy seguro que era indispensable mantener una disciplina estricta para poder sobrevivir. Por cierto, Papá nunca alcahueteó a un niño por temor de usar el látigo. Si la evidencia demostraba que el malhechor había ofendido deliberadamente, sin remedio se le aplicaba la vara al trasero.

Papá tenía instintos judiciales rápidos. Mamá, cual sicóloga, comprendía que cada hijo tenía personalidad única; y, por lo tanto, ella adaptaba sus métodos a la necesidad de cada quien . . .

Nuestros dos padres estaban en contra de riñas y de pleitos. Detestaban los malos modales. Descubrí un día, sin embargo, que Papá distaba mucho de ser una persona que diera la otra mejilla. Llegó a casa temprano una tarde justo cuando yo entraba de la escuela corriendo, perseguido por un muchacho agresivo de aproximadamente mi tamaño. Al ver lo que ocurría, mi padre me gritó, “¿Por qué te dejas correr así por ese muchacho?”

En el acto respondí a gritos, “¿Porque si le pego, usted me da una paliza, gane yo o pierda!”
“Echa a ese muchacho de aquí.”

Fue suficiente para mí. Di la media vuelta, y sorprendí al enemigo por lo repentino del contraataque más bien que por cualquier astucia mía, de manera que mi perseguidor huyó a toda velocidad. Como yo podía correr más rápidamente que él, con gusto lo alcancé, lo tiré al suelo, y le vociferé amenazas de violencia. Al parecer, tomó muy en serio lo que le dije. Por cierto, le prometí una paliza cada día a menos que me dejara en paz. Rápidamente estaba aprendiendo yo que, en este mundo, la habilidad de dominar a otros con frecuencia se consigue por medio de la intimidación. Pero me llevó algunos años aprender que la aporreada de un opositor no se debe temer tanto como vivir en constante miedo de otro . . .

Por lo general, Papá era callado y reservado. La influencia personal de Mamá en nuestras vidas sobrepasó en mucho a la de Papá. Ella pasaba muchas más horas al día con nosotros, mientras que el tiempo de Papá con nosotros se limitaba a la hora de la cena y por las noches. Al final, sus aspiraciones en cuanto a la educación de sus hijos fueron realizadas en cuatro de nosotros . . .

Muchos años después, cuando Arthur llegó a ser una autoridad en asuntos de banca y finanzas; Edgar, un exitoso abogado y director de compañías industriales; Earl, propietario de una radioemisora y director de relaciones públicas de un periódico local; Milton, presidente de John Hopkins University; y yo, Presidente Republicano, los amigos con frecuencia preguntaban por qué no había ninguna oveja negra en nuestra familia.

Muchas veces yo mismo he meditado sobre esto. La respuesta radica, según creo yo, en el hecho de que nuestra vida familiar estaba libre de pleitos entre padres, y llena de un amor genuino,

si no muy efusivo. Nunca conocí a nadie proveniente de un hogar desintegrado sino hasta que fui a West Point. La responsabilidad era parte del proceso de la maduración. La preocupación por los demás era algo natural en nuestra pequeña comunidad. Y ambos padres serenamente nos inculcaron la ambición sin arrogancia. Parte de esa ambición era la autosuficiencia.

Mi madre podía recitar de memoria largos pasajes de la Biblia. (Según relatos de la familia, ella ganó una vez el primer premio en su iglesia, siendo una niña en Virginia, al memorizar 1,365 versículos en un período de 6 meses.) Pero los textos bíblicos no eran sus únicas amonestaciones. Cuando alguno de nosotros expresaba un deseo por algo que nos parecía estar más allá de nuestro alcance, con frecuencia Mamá decía: “O nadas o te hundes”; o a veces: “Si no puedes sobrevivir, perecerás.”